

Cuando quise ser historiador

José Luis Paredes

(Cartas de un estudiante)

"Pero la historia es decididamente algo demasiado importante para que se deje al arbitrio de los historiadores. . ."

Jean Chesneaux

I

Marzo 24, 1983.
Guadalajara, Jalisco.

Qué tal Ninaki:

Llegamos a Guadalajara, la ciudad es bella y nos recibió muy bien. Estamos contentos de haber venido a trabajar a un lugar así y poder quedarnos algunos días. Ahora vemos que estuvo bien la decisión de hacer la práctica de campo, con todo lo que nos trajo hasta este punto.

Es un viaje muy distinto, entre Pepe y yo hay entusiasmo, como si todo fuese importante, cambia hasta nuestra forma de ver la ciudad, de pretender acomodarnos a sus calles y su belleza. Es el sentimiento de venir con un propósito. Un viaje de trabajo, tú sabes, además, que el salir junto con Pepe por primera vez tiene también un significado para mí. Y resulta que apreciamos todo de diferente manera, que nos movemos distinto. Lo disfrutamos.

Creemos que ahora existe la posibilidad de acercarnos mejor a la vida de esta ciudad a través de la gente que trabaja, por lo menos investigadores y estudiantes, de saber cómo viven y qué es lo que hacen. Tal vez podamos convivir con ellos, quizá hasta nos abran sus casas o nos ayuden a conseguir hospedaje barato entre estudiantes sería muy suave. Traemos algunas direcciones,

* Informe de la práctica de campo llevada a cabo por José Pantoja Reyes y José Luis Paredes.

cartas y recomendaciones que nos dieron en la Escuela.

A veces Pepe se ríe cuando recuerda el día en que le invité a estudiar a Lozada, sentados en una banca de Coyoacán todo parecía muy lejano. Luego la investigación nos fue involucrando cada vez más, y como las consultas nos remitían a los archivos de Nayarit y Guadalajara, comenzamos a imaginar el viaje. Poco a poco el tema fue volviéndose más rico y complejo, y nosotros fuimos arriesgándonos más y más en las interpretaciones y expectativas. A ver a dónde llegamos.

Tú sabes cuánto nos llegó a apasionar el tema. ¿Cómo es que nunca hablamos de él? Todos los preparativos del viaje y jamás te platicué de Lozada, y te hubiera gustado. Sólo supiste que venimos a buscar material para trabajo y a hablar con gente.

El tigre de Alica llamaban a Lozada. Era un bandolero que operaba en la zona comprendida entre Tepic y el puerto de San Blas. En 1857 tomó una hacienda y repartió tierra entre los indios despojados de la región y entonces comienza un movimiento indígena-campesino, que encabezaría este señor. Los años cincuenta eran la época de las leyes de desamortización de bienes eclesiaísticos y de las comunidades indígenas o, como sabes, la época de la legalización del despojo contra estos propietarios. El movimiento de Lozada duró diecisiete años. Tomó todo el actual estado de Nayarit, antes parte del estado de Jalisco, e incluso rebasó sus límites; se restituyeron tierras, y se creó una especie de gobierno indígena. Con Lozada muchos recuerdan a Villa, por tratarse de un bandolero que se hace "dirigente social"; también piensan en el movimiento de Zapata, viendo en aquél al antecedente o al precursor de un "agrarismo mexicano". . . Nosotros trataremos de plantear el asunto por otro lado, antes que buscar las raíces del agrarismo o cualquier otra forma de "identidad nacional" homogénea.

El tema ya es tratado por un historiador importante, Jean Meyer, quien lleva alrededor de diez años con su estudio. Esto nos ayudará mucho porque una persona como él seguramente cuenta con todos los recursos y debe de haber encontrado grandes fuentes y realizado una buena labor de rescate. Queremos hablar con él en un futuro, después de saber lo que de este viaje hayamos obtenido. Ojalá que sea una persona accesible.

A primera vista podrías pensar que se repiten dos trabajos sobre el mismo tema y que eso es absurdo, pero en realidad no tiene que ser así. A nosotros, más que hacer una reconstrucción erudita del suceso, por el momento nos interesa responder a una inquietud que quizá pudiera llamarse "identidad histórica y movimiento histórico", algo así como lo que Gramsci llama la contracultura de los grupos sociales subalternos o subordinados. Y en este caso en particular podría sonar "bandidismo e identidad social" o "historia y contra historia en México, siglo diecinueve . . ."En fin, lo cierto es que en la historia todo historiador aporta algo con su estudio y un tema puede ser inagotable. Pero lo bonito es que, como lo decía Luis Gerardo en la ENAH, se agotan los historiadores, no la historia.

A grandes rasgos el argumento de nuestro estudio es el siguiente: la historia es siempre una discriminación hecha por el historiador entre lo que considera histórico y lo que no, según su visión del mundo, su propia identidad, sus intereses. Así pues, hablar de "lo histórico" es hablar de un sentido atribuido al transcurrir de la humanidad toda, que corresponde a la visión del mundo que domina, el sentido histórico que ha dominado sucesivamente en cada momento en que se escribe. De esta forma, todo lo que no entra en el modelo de lo histórico del escritor se omite por "irrelevante" o se le niega al colocarle calificativos: "bandidismo", "atraso", "traición", "tran-

sición", sin explicar su necesidad, su lógica interna (identidad propia), que muchas veces es una contraposición a esa tendencia dominante.

Lo anterior es una visualización teleológica y unilineal del transcurrir: un solo vector positivo (el que hace la historia) enfrentado a un vector de signo negativo que se le opone, es decir, se resiste al movimiento histórico. En torno a esta dualidad se ordenan todos los sujetos históricos; así existen los buenos, los que lucharon por "la libertad"; y los que se resistieron por malos o porque no estaban preparados para comprenderlo, no tuvieron capacidad para unirse voluntariamente al movimiento positivo.

Pensemos en la Historia de México. Por lo regular ésta trata del cómo se construyó la Nación mexicana. Lo que contribuyó a ello conforma la Historia, lo que no, era un obstáculo. Los sujetos positivos son todos próceres *con un mismo fin*: la defensa o construcción de la Nación mexicana, y no se aclara entonces qué podían éstos entender por ese concepto, pareciera que éste fuese siempre lo mismo.

El ejemplo histórico de casos como el movimiento lozadista nos hace reflexionar acerca de lo anterior, puesto que proporciona razones suficientes para cuestionarlo y proponer una concepción distinta del movimiento histórico. Ahora necesariamente plural, plurilineal digamos, como enfrentamiento de múltiples "vectores", donde no hay destino sino resultante. La necesidad de esta resultante es específica, no teleológica ni suprahistórica. Lo teleológico de las lecturas comunes consiste en la sustancialización de categorías que en nada pueden ser consideradas transhistóricas, ni unívocas en todos los tiempos: "libertad", "progreso", "Nación mexicana", "lo mexicano", "democracia", etc.

Así pues, el conflicto se presenta cuando dos próceres nacionales se enfrentan a muerte, incluso, en un mismo momento. Si resulta impo-

sible calificar a ambos de traidores, ¿cómo conciliarlos entre sí? Veamos a Lozada, hoy considerado por muchos un agrarista revolucionario nacional. Se alió a Maximiliano durante la intervención, ¿por qué lo hizo si era tan patriota? En el partido conservador se opone al liberal, si era tan demócrata, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué se enfrentaron sujetos distintos en nombre de lo mismo? Es obvio que ello es posible porque una misma palabra puede significar distintas cosas para cada uno, y ello se esclarece cuando analizamos tales categorías en lo concreto: la función que cumplen en los hechos reales, en la práctica. Por democracia se ha entendido siempre algo distinto en diversas épocas (los griegos eran esclavistas y demócratas al mismo tiempo), y sin embargo se utiliza la misma palabra.

La Nación mexicana se construyó en nombre de una soberanía popular y de una identidad social, pero ¿quién es el pueblo? ¿Por qué parte del pueblo se opuso, de hecho, a ese proyecto— de identidad social? La identidad Nacional de México incluye como especificidad, por cierto, a la cultura indígena que se expresa en el concepto de mestizaje. Cabe preguntar ¿quiénes son los mexicanos?, o ¿qué es lo mexicano? ya que en el siglo pasado esta Nación parece haberse erigido a costa de esos hoy llamados mexicanos: los pueblos indios a quienes se combatió. La respuesta que se da es que ellos se opusieron o no cooperaron por no estar preparados, por incomprensión, por atraso. Si existiera una esencia mexicana, una identidad devenida, unitaria y homogénea, según a veces se cree, pareciera entonces que somos la Nación que sacrificó parte de su esencia y que ahora, ya muerta en su vitalidad, se jacta de ella, pero es claro que no puede hablarse así. Lo mismo podemos decir con respecto al agrarismo de Lozada. Preocupa más *ver qué proponían* estos pueblos, las comunidades indígenas, los grupos sociales, *como alternativa de sociabilidad*, y cómo

se les ha subordinado por parte de esa tendencia, hoy considerada histórica, misma que ha adquirido su forma precisamente como resultado de enfrentamientos. Esa particularidad de relaciones sociales al interior y hacia el exterior, esa forma manifiesta de sociabilidad es lo que pretendemos llamar identidad social e identidad histórica.

Pero es mucho rollo, sólo te digo esto para que te des una idea, ya veremos qué pasa al final. En realidad todo dependerá de los resultados que obtengamos de esta primera salida para buscar fuentes documentales, visitar archivos y hablar con gente que tiene colecciones privadas sobre el movimiento. Viaje de reconocimiento del terreno y de rastreo de fuentes de todo tipo. Tener eso en mente es importante para poner los pies en la tierra. Por eso, aun estando entusiasmados, al mismo tiempo nos encontramos a la expectativa. Cualquier estudio de este tipo necesita mucho tiempo y trabajo; en el enfrentamiento con las fuentes está lo difícil, ahí comienza el verdadero trabajo del historiador. Y bueno, el continuar con nuestro tema implica varias cosas. Por un lado la oportunidad de hacer nuestras primeras creaciones y reconstrucciones, nuestras primeras interpretaciones; por el otro, es el momento decisivo en que confrontaremos todo lo que creemos con la realidad, pa' ver si es cierto. En suma, es el momento de enfrentarnos al verdadero oficio de historiador, a sus posibilidades reales y sus limitaciones; el reto de salir del puro rollo en el que se discurre en la Escuela.

El que la carrera de Historia sea nueva en la ENAH creo que hace que esta práctica de campo sea importante, no solamente para nosotros dos. Siendo la primera generación y la primera práctica de campo que se hace, resulta una oportunidad de ver los primeros frutos de la licenciatura, ¿no crees? De cualquier forma, por eso nos entusiasmamos más.

Si las cosas marchan bien más adelante, trataremos de visitar a quienes conforman el movi-

miento, los huicholes, coras o tepehuanos. A largo plazo el estudio contemplaría la posibilidad de identificar el recuerdo colectivo de Lozada entre los descendientes del movimiento; saber si hay alguna leyenda o cualquier otra memoria; cómo se le recuerda y qué función tiene hoy en día ese recuerdo, si existe aún. Una identidad del pasado y el presente. Ello incluye la búsqueda de persistencias verbales o materiales del movimiento.

En fin, el hecho es que aquí estamos, conseguimos la aprobación de nuestro anteproyecto-solicitud de práctica de campo y el pago de miserables y más bien simbólicos viáticos. Y lo cierto es que recordamos esto con gusto, cómo en la Escuela se interesaron con el anteproyecto, no sólo maestros de nuestra carrera. Creo que no te dije que el subdirector académico y el coordinador de etnohistoria nos dieron materiales útiles como proyectos de tesis sobre temas similares; eso nos hizo ver que nuestros planteamientos no estaban tan mal, comparándolos con aquellos otros. Pero tú te diste cuenta de que esa aprobación acabó por decidirnos.

A Guadalajara llegamos con el amanecer, vimos la ciudad despertar y, a pesar de nuestro agotamiento, teníamos ganas de comenzar ya con el trabajo. Después de conseguir alojamiento buscamos el centro regional del INAH; ahí hablamos con un antropólogo que dijo estar estudiando a Lozada, aunque desde el punto de vista antropológico (no sabemos bien qué quiso decir con ello), pero fue poca la información que obtuvimos, salvo indicaciones de cómo llegar al Archivo Histórico de Jalisco y una lista bibliográfica que quizá más adelante nos sirva. De todas formas nos preparamos un cafecito en una cafetera que ahí había, nos cayó muy bien. No teníamos nada en el estómago.

Estuvimos contentos el primer día, disfrutando esta nueva forma de viajar. Pepe y yo hablamos de eso, de esa desnudez en la que te

pone cada viaje. La incertidumbre resulta ahora como anticipadamente justificada, viajamos para algo definido que articula esa incertidumbre en torno suyo, la ordena. Desde el sentarnos y dormirnos cómodamente en el inconfortable camión la noche en que salimos de México, mirar a ratos las lucecitas de la carretera y los poblados que se sucedían y preguntarnos sobre ellas, desde bajar del camión a esta ciudad amaneciendo sin que importara esa duda que encierra cada ciudad cuando viajas; poner los pies sobre ese asfalto grasiento y aceitoso; limpiar nuestros bolsillos de las envolturas de chicles acumuladas; sentir hambre, esperar nuestras mochilas. Todo eso podía ser, a pesar de todo, nuevo.

En efecto, al cruzar el umbral de la terminal de autobuses pareció como sentir en la piel que comenzábamos a ser un poquito historiadores.

Besos
P.

II

Guadalajara, Jalisco.
Marzo 26, 1983.

Hola flaquita.

Comenzamos el trabajo de archivo y hablamos con algunos investigadores. También hemos estado buscando un hotel más barato sin conseguirlo. El poco tiempo que queda libre lo ocupamos en caminar por la linda ciudad con una pareja de quebecuas (canadienses) que conocimos. Su frescura y serenidad son vivificantes. La mujer es dulce y viva, el viejo un niño barbón que mira todo con las manos dentro de sus bolsillos y una sonrisa en sus ojos como si estuviera contándose un chiste; mirada un tanto campesina, su sosiego parece campesino. Su ingenuidad es tal,

que la noche en que le hablamos, por primera vez en el hotel no podía entender que estudiáramos historia. "¿Qué le estudian a la historia? si éste sólo se lee, ¡la historia es literatura!. ..", afirmó, a Pepe le gustó el aforismo o, en todo caso le intrigó, pues entonces se clavó en la charla, él que es tan callado, charla que duró hasta que nos apagaron la luz de la estancia del hotelito.

Normand expresaba: "¿Qué es lo que distingue a la literatura histórica, o lo que ustedes llaman el conocimiento histórico, de la simple literatura?, ambas tratan al hombre. Lo que me molesta es esa pretensión de objetividad sobre algo que ya no existe. Como el pasado ya no es, la historia te permite decir todo lo que quieras sobre el pasado. Y sólo sirve para justificar la dominación, el poder, la conquista y el etnocentrismo."

Resultaba que el pasado no existía. Bonita frase, nos gustó a Pepe y a mí. Pepe respondía. "Es probable que no toda la literatura pueda ser historia, pero si dices que toda la historia o todo discurso histórico es literatura verás que la cosa está peor: esta literatura es por lo regular muy mala, muy aburrida. Son pocos los libros de historia entretenidos. Si acaso, habría que decir que la historia es mala literatura."

Y continuó: "Además, no es del todo cierto que el pasado no exista, la cuestión es complicada porque nuestro mismo lenguaje trata siempre de parcializar la realidad, fragmentarla, disecarla. Sacrifica la ubicación por la continuidad o a la inversa. Por eso le cuesta trabajo captar esa alternancia que es ser y dejar de ser, el pasado y el presente.

"De cualquier manera, el pasado existió en sí, indudablemente. Fue una fuerza material que, condujo al presente, posee una objetividad separada del historiador. Pero, el pasado es sólo accesible al historiador o escritor en la medida en que está objetivado en el presente, ya sea como memo-

ría, como residuo o como producto. Tiene historia. Es historia. Todos nosotros somos historia. No somos otra cosa que huellas. Huellas en la arena si quieres. En ella falta el pie que dejó su impronta, pero queda su impresión negativa, esa impresión era parte del pie, porque el pie no existiría en ese momento sin esa acción de imprimir cuando caminaba por la arena. Por eso sabemos que al quien caminó por ahí, y podemos suponer sus dimensiones, las dimensiones de ese que pasó, quizá su sexo, su manera de caminar, si iba corriendo o no... El pasado quedó condensado en esa huella. Es obvio que hay limitaciones en ese acceso al pasado, en ese conocer el pasado, y son limitaciones grandes y de varios tipos, pero también una cosa es cierta, cada vez se cobra más conciencia de que no se trata de reconstruir el pasado, de recrearlo en su totalidad por puro afán de revivirlo sino de preguntarle cosas sobre nuestro presente. Siempre es un cuestionamiento sobre el presente y en el presente. El nos lleva a reconstruir una fracción del pasado, una parte del proceso. Por eso no debe preocuparnos el que 'jamás —seamos-capaces-de-saberlo-TODO-sobre -el -pasado'. No podemos preocuparnos por saber todo lo que no sabemos, sino lo que sabemos que no sabemos. Parece juego de palabras pero significa que lo importante es la pregunta que se hace en el presente, con una finalidad exigida por el presente. La pregunta delinea la respuesta. . ."

El quebecua se veía interesado, pero siempre con su cara escéptica. Me animé a participar: "La historia sería presente desplegado, el presente pasado condensado. Y el futuro sería presente proyectado. Cada instante condensa la historia toda, la resume, la sintetiza, compromete el futuro. El presente dejó de ser muchas cosas, pero lo ha dejado de ser hoy, como presente; entonces el pasado existe hoy como lo que hemos dejado de ser en el presente, existe así en el presente. El pasado nos conforma como negatividad. Negat-

vidad que tiene un peso y una fuerza hoy en día, una función que resulta de su síntesis con el presente. Sólo por eso podemos concebirlo, si no nos sería completamente imposible acceder a él, inclusive en el nivel puramente literario."

Las cervezas habían hecho su efecto, era ya tarde. Al final le regalé a Normand una notita que te escribí:

Se hace de noche el día
termina los cuerpos
cambian como los
rostros mudan.

¡Cuanta gente!

Somos
este insondable recuerdo presente
que llamamos
Historia.

Somos
todos los hombres.

Nos despedimos por esa noche.

En el trabajo no nos ha ido como esperábamos, quizá es demasiado pronto para ver resoltados. El caso es que la gente no parece muy abierta, hemos hablado con cuatro historiadores que estudian a Lozada, pero no nos dicen mucho de nuevo, interpretaciones que no nos interesan por ahora pues buscamos fuentes; los archivos que nos recomiendan son los mismos que ya teníamos registrados, quizá suponen que no sabemos nada y que cualquier cosa nos serviría.

También fuimos a Zapopan a la basílica franciscana, una ocurrencia nuestra. Pensamos que ellos deben tener archivos de todas sus campañas y misiones con los indios y que quizá encontraríamos algo útil. El encargado del archivo no

estaba nos dijeron, hablamos con un religioso que nos informó que éste no era accesible, que no creía que pudiéramos utilizarlo, pero que hablaríamos con el archivista que se llamaba fray Rafael Cervantes quien regresaría después de Semana Santa.

A la salida yo me puse a especular sobre lo que podríamos hacer para que nos prestaran el archivo. Le propuse a Pepe que al regresar con el archivista, nos presentáramos como estudiantes religiosos. Diríamos que nos interesaba la historia de la Iglesia y que queríamos contribuir a rescatar la historia de la noble labor de evangelización que los franciscanos desarrollaron con los indios del Nayar. Además, le propuse a Pepe comprar un crucifijo y colgárnoslo para la entrevista, cosa que a él no le agradó, dijo que no le gustaba tener que aparentar lo que no es, se mostraba escéptico y la verdad me bajó el optimismo, pensé que era absurdo ilusionarme tanto. Era comenzar a sentirse detective, como si así comenzara ya a plantearme nuestra labor... Bueno, ya veríamos qué hacer más adelante, de cualquier forma el archivista no vendría pronto y no lo veríamos esta vez.

Pórtate bien. ¿Te has portado bien? Yo sí.

Besos
P.

III

Guadalajara, Jalisco.
Marzo 27.

Hola Linda:

Ya llevamos cuatro días aquí, nos ha ido... "no sé" dice Pepe, yo creo que bien, con todo. A mi parecer ha resultado interesante el viajecito (aunque Pepe ya está más bien hartito, pero bueno,

son dos formas de ver las cosas). El caso es que nos enfrentamos al gremio ya una vez fuera de ese raro centro que es la ENAH. Ahora se cuán excepcional es un lugar donde mis amigos y yo nos hemos construido un relativo *habitat* en el cual después de todo funcionamos.

Visitamos el Archivo Histórico de Jalisco, llevábamos una carta para la directora del Archivo, recomendación que nos dio nuestra maestra, quien es su amiga, con el fin de obtener "una buena ayuda en nuestro trabajo primerizo y sobre todo un acercamiento con ella. Pero bueno, yo no sé si pueda llamársele maltrato a su frialdad, poco hablamos con ella, nunca se interesó por lo que pudiéramos pensar sobre nuestro estudio, sólo preguntó el tema para responder, "Ah, Lozada"; quizá supuso que nada interesante u original podíamos traer al contar ya con un Meyer. Después de todo, ¿qué podríamos decir?, ¿qué podríamos aportar? Pero mal no nos trató, en la Biblioteca Pública de Jalisco, donde también trabaja, nos bajó material, una colección de cinco tomos sobre "Acuerdos de Terrenos Indígenas" bien interesante y un legajo sobre criminalística de la época que estaba sin abrir desde hace cien años, según nos dijo; cosas que por el momento no necesitábamos. Nosotros lo que buscábamos era el catálogo del Archivo y de la Biblioteca principalmente. En el caso de que tuvieran fuentes sin registrar, las revisaríamos para conocer brevemente su carácter e inventariarlas, pero no nos clavaríamos a estudiar cada una ya que por ahora no veníamos propiamente a investigar.

Revisamos el legajo sin encontrar nada, pero nos dio risa vernos allí encorvados ante esos papeles viejos y de caligrafía hermosa, aunque difícilmente legible, sumidos en ese olor a polvo y a otras vidas posibles, enterándonos del robo de una vaca en algún lugar algún día en estas tierras y en ese supuesto tiempo humano; de descuartizamientos, machetazos, raptos e insul-

tos cometidos por gente que penó con cárcel y que ahora se halla, después de todo, bien muerta bajo tierra. Nos veíamos Pepe y yo con nuestras mascarillas azules (nos prestaron mascarillas en la biblioteca. Pepe bromea), "ahora sí somos historiadores", pero en el fondo era cierto que algo así sentíamos; nos acordamos de Pablo y sus clases de paleografía que nos gustaban por técnicas y lejanas, y quizá algo dentro de nosotros decía, "ya vez como si pudimos agarrarle la onda a esto que nos hicieron tomarnos como medicina". Ese era el trabajo de historiador del que nos hablaron en la Escuela. A Pepe se le veía contento. La piel sensibilizada a esa mascarilla y a ese polvo viejo, mezclado con recuerdos de un "presente" nuestro. Imaginando gente muerta, queriendo acceder a sus rasgos y gestos, vemos a nosotros allí también, creyendo que teníamos en las manos la vida de esas gentes, y salir después al sol y a la ciudad como única realidad del tiempo.

En estos días descubrimos que no solamente Meyer estudia a Lozada sino varias personas más, aunque Meyer resultó ser como el fantasma y punto obligado de referencia, a partir del cual todos se definen, con celo y misteriosa arrogancia promisoria que parece anunciar una excepcional publicación que superará o complementará, según se sea o no meyerista, lo que seguramente Meyer está haciendo desde años atrás. Mientras tanto, todo es una sonrisa condescendiente hacia nosotros que descubrimos que quizá sera un error ir apenas en quinto semestre, viajar sin dinero ni becas y de aventón (a Nayarit nos tendremos que ir de aventón), incluso carecer de barba y que mi amigo Pepe no use huaraches por exquisitez intelectual sino por razones de extracción social (y créeme, ello se nota).

En realidad es notorio que ella es una gente que trabaja mucho, ha levantado todo el Archivo Histórico de Jalisco de una manera impresionante, inclusive publica un boletín bimestral con el in-

forme de los adelantos del trabajo de catalogación de las fuentes y otra información útil para los investigadores. Quién sabe, quizá se justifique su trato por el trabajo histórico que realiza.

Una constante con la gente que hemos hablado es que nadie se ha detenido a preguntarnos por lo que nos interesa (ría) saber sobre Lozada y qué es lo que ya sabemos (o muy pocos los hicieron): "Manuel Lozada, bueno, pues bien, se trata de..." con aires catedráticos nos han vertido datos y originales interpretaciones que ya conocíamos en alguna de sus modalidades (se me olvidaba decirte que nuestro trabajo contempla el análisis historiográfico, análisis que consideramos necesario según nuestra concepción sobre la investigación histórica y las posibilidades del discurso histórico en general, el cual, como ya les dije, siempre está determinado por los intereses del que lo escribe: por eso consideramos imprescindible el análisis historiográfico de cada lectura, y hemos puesto atención en las diversas tendencias que existen).

En cierta forma tal vez estuvo mejor que no nos preguntaran mucho ni que por lo general nos pidieran ningún proyecto para mostrar. Comparándonos con las interpretaciones que se tenían sobre el movimiento, descubrimos que mostrar lo nuestro sería perjudicial puesto que se contraponía a todas las otras posiciones. No queremos decir que nosotros tuviéramos necesariamente la razón con nuestras radicalizaciones pero sí que tenemos el derecho a nuestros planteamientos. El caso es que así era, nuestro escrito pretendía cuestionar toda una gama de posiciones que en alguna medida la gente con quien hablamos compartía, por eso, siendo neófitos, ¿cómo pretender contradecir a gente que lleva años en ello? Hubiera sido grave.

Estos eran los historiadores que trabajaban en esta bella ciudad, muy rica según pudimos notar, se ve que aquí vive una próspera burguesía

que ha invertido buena lana en su urbe; cosa que se hace palpable hasta en la atención que parecen recibir los estudios sociales ya que se han construido modernos edificios ostentoso para el Archivo Histórico y para el Instituto de Estudios Sociales; lugares éstos donde intelectuales progresistas o de izquierda encuentran un cómodo lugar para ser tales. Debe tomarse en cuenta que los estudios sociales son siempre considerados secundarios con respecto a los tecnológicos, de modo que el hecho de invertir tanto dinero para ellos, cobrando conciencia de su importancia real, significa no sólo tener los recursos disponibles, sino también tener un grado mayor en la conciencia del poder (aquí está la importancia real a la que me refiero con respecto a la investigación social), es decir, prosperidad en todos sentidos.

La frialdad evasiva de estos intelectuales progresistas de oficina nos agobió y comenzamos a dudar de que algo así quisiéramos "llegar a ser" cuando decidimos estudiar historia. Por eso digo, y entonces lo constatamos, que mal que bien en la ENAH se concentra una patología tal, que da espacio a todo loco e inadaptado para funcionar. Es el centro de la clase media intelectualizada, en cierta forma en crisis, el cual, en medio de irrealidades, nos ha permitido subsistir y crear ese pequeño *habitat* que nos alimenta.

Hemos estado viendo a la pareja de quebecuas y sus dos hijos. Ayer se fueron, los fuimos a despedir. Al final Normand sólo nos dijo como bromeando:

"La historia está muy bien. El único problema es que es toda una mentira."

Pepe respondió entonces "tal vez, pero una mentira discursiva en torno a la cual se organiza toda la legitimación ideológica en la actualidad. Si piensas así, por lo menos habría que conocer cómo nos mienten. Tú mismo estás siempre pensándote dentro de una historia humana. Y ten la seguridad de que no dejas de tomar prestado de

esas grandes mentiras vulgarizadas. Te sometes más a ellas mientras menos las conoces".

"Sí. Estoy de acuerdo. Una mentira que hemos hecho real en cada uno de nuestros actos. La interiorizamos y nos cegamos."

"Pero, si la historia es mentira —finalizó Pepe—, lo es porque no nos responde ya nada. En el fondo no da cuenta a nuestras preguntas y necesidades más vitales. Al contrario, nos confunde. Pero ¿por qué no hacer una historia que sí responda a nosotros los silenciados? Partir de las preguntas de esos grandes silenciados. . ." finalizó.

Uno de los hijos de la pareja tiene cinco años, lo buscábamos siempre que podíamos y nos daba fuerzas para irnos a meter en los archivos en donde siempre, después de un tiempo, nos comenzamos a inquietar y a resistir de las ganas de llevarnos las manos a la cabeza para revisar si no nos han crecido las orejas y mirar si nos ha salido una larga cola de rata por debajo de las piernas. . .

Besos
P.

IV

Compostela, Nayarit.
Abril 3.

Mi amor:

Este es un bello y tranquilo pueblo en medio de un valle entre la mítica sierra nayarita y la playa; de clima agradable y una vegetación tropical, este pueblo (considerado ya una ciudad) pretendió ser la capital de la Nueva Galicia, pero la belicosidad de los indios de la región forzó a los españoles a trasladarse a Guadalajara. La gente es hermosamente amistosa y gentil, hemos teni-

do oportunidad de charlar un poco con todos, de tal suerte que a Pepe se le antoja un pueblo de Rius, el color, las palmeras, las casas, la iglesia y la gente, ya sabrás por qué.

Venimos a buscar a un señor que tenía un archivo privado sobre Manuel Lozada, llegamos hace tres días, yo un poco mal de la panza. Llegamos de noche y una muchacha en el parque, con ojos abiertos y brillantes, sonrientes, nos informó donde encontrar hotel y en el hotel las recepcionistas eran dos muchachas jóvenes, bromistas y burlonas, que nos refrescaron con su recibimiento. Les preguntamos, entre la plática, si conocían a un Salvador Gutiérrez Contreras. Nos enteramos así que don Chava a esas horas seguramente estaría en la botica, "es boticario, pues", pensamos; además, según nos contaron, había sido presidente municipal de Compostela y en su periodo mandó reconstruir en estilo colonial al palacio municipal; don Chava quedó muy preocupado entonces pues la puerta había quedado chueca, así que tuvo que ir a Tepic a hablar con el gobernador para que se la arreglaran y al final lo consiguió. Don Chava el boticario, dice la gente del pueblo, "es escritor y tiene una biblioteca muy buena con libros amontonados por todos lados, la mejor del estado"; en Guadalajara, por otra parte se le refiere como "historiador autodidacta" por parte de los intelectuales. . .

La Iglesia suena sus campanas, las tardes en el pueblo son tranquilas, nos tranquilizan. En la tarde la plaza se llena de niños y gritos y brincos; adultos de blanco y con sombrero los miran y esperan sentados en las bancas o recargados en las paredes; es el momento de la reconciliación, donde todo huele a tarde y a hierba y a vuelo y estruendo de pájaros. En la esquina de la plaza la silueta de Hidalgo de hierro (¿o bronce?) se recorta con el brazo derecho extendido al vacío ofreciendo la célebre cadena rota. Hay ruido de botas, brillos de hebillas de gruesos cinturones

de cuero y sombras de sombreros alados. . . La iglesia suena sus campanas metálicas cada cuarto de hora. Señoras de negro, ancianas, sombras, bultos con velos bordados que se quieren cabezas rígidas, devotas concurrentes a la misa, "doñas" milenarias guardianes del pueblo y las buenas costumbres; ellas cuidan el moho de las piedras y las conciencias limpias. . . Chuy es el tonto, el loco del pueblo, Chuy no articula bien sus frases ni sus palabras, Chuy se sienta a nuestra mesa en una silla vacía y pide una Coca, se presenta con nosotros, es gordo con largas y anchas patillas que se convierten en gruesos bigotes de ranchero, cara noble, es el tonto, claro; y nosotros tardamos en entender lo que dice y lo que pasa, pero comprobamos que no huele a alcohol y por lo tanto no está bebido. Nos explica con mímica que trabaja en el cine: "Cine. . . yo, cine" dice, y con sus manos simula recibir y romper un papel, pronuncia el pronombre "Yo. . ." y hace el ademán; "boletos" decimos nosotros, "recibes los boletos", "sí" nos contesta, para continuar: "Y yo. . .", entonces simula poner un rollo en una máquina y darle vuelta a una manivela. "Pones y pasas las películas" interpetamos y él afirma. Chuy nos invita a su cine, hay dos cines en el pueblo, dice, y nos invita también al baile del martes; nos da su teléfono y su dirección. Chuy es amable y vemos cómo la gente se burla de él, Chuy ha de ser el tonto del pueblo pero creo que no está tonto. Dice con una sonrisa que somos sus amigos...

Junto al mercado un viejo lee una revista donde distingo las palabras "Manuel Lozada", me detengo y trato de investigar de qué se trata, le pregunto por la revista pero el viejo no quiere hablar de Lozada, nos asalta con un monólogo extenso sobre los caciques y la ignorancia de los jóvenes, la revolución rusa, la historia y la mentira; en el piso yace su mercancía, calzones, camisetitas y calcetines. Cuando le pregunto por la revista contesta que se trata de una de esas revistas

de los caciques que dicen puras mentiras y tarugadas, que este gobierno dice puras mentiras porque no le conviene decir la verdad. Se indigna, dice que los estudiantes somos unos tontos que no nos interesa saber la historia, que ni siquiera sabemos por qué Nayarit se llama Nayarit, que hoy a los estudiantes nos tienen lavados los cerebros y ya no nos interesa nada, que por eso estamos jodidos y con tanta miseria, pero que él ha comprado unas revistas y se ha enterado, que desde que ganaron hace muchos años los de la revolución esa de Rusia ha estado comprando revistas y ya sabe algo, que miremos cómo son las cosas en otros lados, pero que aquí no, porque aquí son unos hijos de su. . . "Así que el anciano nos hablaba de la historia" pensamos. Recuerdo que le dijimos, como un intento de justificación, que nosotros estudiábamos historia pero creo que no nos escuchó, continuó con su monólogo: "Mentiras, si nosotros, todos, si el pueblo conociera lo que pasa, lo que ha pasado, la historia, no nos dejaríamos, pero la historia la conocemos por lo que nos cuentan el gobierno y todos ellos, los caciques, puras mentiras caray." Su discurso iba desordenadamente del presente al pasado y del pasado al futuro: mezclado de anécdotas, de historia nacional, detalles y soluciones presentes por él concebidas. "Miren esta revista, no dice nada de lo que está pasando aquí en Nayarit con los cultivadores de tabaco", y nos cuenta un incidente reciente con respecto a ciertas limitaciones en la comercialización del tabaco en el estado: luego continúa con su imbricado monólogo. "Que el poder, no hombre, si nos esperáramos a 'tomar el poder' nunca haríamos nada, lo que había que hacer es entrar al comercio con los países socialistas, así sí, porque aquí el imperialismo nos tiene re jodidos. . . así sí, si todos nos juntáramos y nos preocupáramos todo cambiaría, así sin nada de violencia ni nada, pero no hombre, aquí nos tienen re lavado el cerebro con sus historias; si

conociéramos la historia, si no nos dijeran tantas mentiras, las cosas serían otras, otro gallo cantaría." El anciano se levanta del piso, ya sin su sarcástica risa, más bien cansado, nos indica rápidamente dónde vive para cuando queramos ir a platicar, quizá extrañado de haber encontrado oídos que se detuvieran a escucharle hasta el momento en que por fin hizo una breve pausa que aprovechamos para despedirnos y excusarnos porque teníamos que ir a desayunar. . .

Salvador Gutiérrez Contreras no nos mostró su archivo, ni siquiera entramos a su biblioteca que permanecía seductoramente entreabierta, nos recibió en el bonito patio interior de su casa de pueblo. Siempre evitó hacer referencia a alguna fuente interesante o útil que él pudiera tener, ni siquiera cuando le preguntamos ya un poco más directamente. Tampoco mencionó las fuentes que él le mostró a Meyer, según éste último refiere en su artículo "El Ocaso de Lozada".

Venimos a Compostela a buscar a don Salvador Gutiérrez Contreras, para quien traíamos una carta de la Escuela, y quien tiene una biblioteca y documentos que nunca conocimos, sin embargo, salimos de su casa con una botella de jarabe para la diarrea que padezco, con un libro de quinientos pesos que nos vendió (en el cual quizá encontraríamos algún dato útil sobre la historia de Nayarit) y con la convicción de que el historiador, antes que la dificultad de encontrar las fuentes, se enfrenta con algo que parece peor y que es el poder tener acceso a las que ya se han hallado; como si el primer obstáculo para la investigación lo fueran los historiadores mismos; una lucha contra historiadores que al parecer justifican toda su razón de ser en un inédito argumento del cual se creen forjadores y al cual cuidan con gran celo hasta en la reclusión de sus mismas fuentes: *La propiedad privada, el nombre propio tal vez.*

En la puerta de su casa Contreras nos des-

pidió bajo un hermoso cielo crepuscular y esa paz de las tardes en Compostela. El suelo de tierra en las calles tenía una luz intensa y las paredes brillaban anaranjadas mientras Contreras nos entregaba su tarjeta y me daba las últimas indicaciones de cómo tomar el jarabe, asegurándome que lo que me daba era "algo muy fino".

Flaquita, con este calor las noches son frías sin ti.

Besos.
P.

V

Tepic, Nayarit,
Abril 4, 1983.
Ninaki mía:

Nuestro descubrimiento, el historiador no resultaba ser una persona exageradamente chismosa, como diría Aguilar Camín, sino por el contrario, una persona reservada que no hablaba con cualquiera (en el presente).

Salvador Contreras nos previno de que en Tepic no había nada, que lo que hubo se había perdido, que el archivo particular de un tal Melendres había quedado en manos de un profesor desconocido; que él, Contreras, había tenido en sus manos una fuente importantísima perteneciente a ese archivo, pero que entonces no existían fotocopadoras y que después, por andar en política, se despreocupó de tal archivo, momento ese en que pudo haber tenido los recursos para comprarlo. Ya después, cuando quiso hacer algo, Melendres había muerto. . . En fin, quedamos plenamente desilusionados.

¿Tenía sentido nuestro estudio? ¿Tenía posibilidades? ¿Era razonable pretender seguir en algo que significaba no un aprovechar la brecha abierta por un estudioso sino encontrar una pared infranqueable en ese investigador con más

recusos materiales e influencias que uno? ¿Tenía sentido comenzar a plantearse el trabajo como una competencia con otros historiadores? Y, en este caso, ¿tenía sentido pretendernos capaces de vencer a un Goliat? Asumir así el estudio significaría que también nosotros deberíamos esbozar esa conocida sonrisa condescendiente y narcisista que asegura tener la verdad con su planteamiento; verdad que en su oportunidad se haría pública (en aras de aquello de que, el que ríe al último, ríe mejor). ¿Entraríamos en esto? Por otro lado, si fracasamos desde ahora, ¿tendría entonces sentido la historia para nosotros. . . ?

Seguimos resignados el viaje a Tepic, las relaciones entre Pepe y yo deterioradas, con el deseo de terminar ya esta empresa imposible y encontrarnos con los compañeros que venían a alcanzarnos frente al palacio municipal, tal como habíamos acordado.

Tepic es una ciudad fea y gris, pequeña, sucia, deteriorada, insípida y ya violentada por la forma en que manejan los autos. Buscamos archivos y no hay, en el palacio de gobierno nos recomiendan hablar con el cronista vitalicio de la ciudad, el profesor Pedro Castillo Romero, él quizá nos orientaría; asentimos pero en el fondo nunca pensamos acudir a él, sabrá Dios quién se dedicaría a tales menesteres, supimos qué nos diría, nuevas versiones oficialistas sobre Lozada, nada, simplemente.

Caminamos por la ciudad de piedra descarpada y humo de camión, vemos un café junto a la cámara de diputados y decidimos tomar un cafecito, yo aprovecharía para continuar una carta. Pepe me dice al sentarnos, "mira a qué lugar me traes". Sí, puro burócrata y gente de gobierno que sentimos nos mira feo, "quizá porque no llevamos guayabera" decimos y reímos. . . (o quizá porque a estas alturas, simplemente, lo imaginábamos). El mesero nos saluda y nos pregunta si habíamos encontrado al profesor, nos

damos cuenta que es el mismo señor que en el palacio de gobierno nos había dado las indicaciones amablemente y que él, en realidad, es mesero en ese café. "No" respondemos, y nos contesta que aquél solía pasar por el café algunas veces, que a lo mejor ese día pasaría; "ah, que bien", respondimos, y ordenamos los cafés; Pepe, quien siempre estuvo recordándome el poco dinero que llevábamos, pide, al fin, una bebida cara: café con brandy y no sé qué más cosas. Me da gusto. Le sonrío. Yo escribo una carta.

Ahora sólo esperar para irnos, mañana quizás, a San Blas, el puerto donde actuaba la casa comercial contrabandista que contrajo los servicios de Lozada, seguros de tampoco encontrar archivos ni fuentes posibles allá, pero ya con nuestros amigos y con el deseo de disfrutar una bella playa.

"Miren, ese es el profesor", nos dice de repente el mesero, vemos enfrente a un señor moreno, con lentes y bigotes, bajo, redondo, un perfil maya y una guayabera blanca. Bueno, decidimos hablarle. Nos presentamos y nos dice que regresaría en un momento, después de dejar a su hijo en el cine. Lo esperamos. A mí no me agrada la idea de tener que salir de mi introversión y suspender la redacción de mi carta. Bien, tal vez no regrese...

VI

Tepic, noche, cuarto de hotel.

A la media hora el señor regresó, le expusimos el qué de nuestro negocio. Comienzo yo, como siempre, pero esta vez Pepe me interrumpe antes que termine de decir una frase que él previo y supo concluir con distintas palabras, entonces recordé que era innecesario y aun perjudicial señalar que íbamos en quinto semestre y que nuestra práctica era para cubrir una materia. Pepe sabe.

por el contrario, decirlo sin inútiles precisiones y habla sólo de "una investigación", de "un proyecto", de "un estudio como parte de un proyecto académico", etcétera, no se aclara si se trata de una tesis o de un quinto semestre, ello se deja a la imaginación del interlocutor, no era necesario, claro está, mientras no se mintiera. . . Pepe me interrumpió y continuó de prisa con la exposición para no correr riesgos. El señor asiente a cada frase de Pepe y dice "Así es, así es.. ." Luego, su turno: "Así es, Lozada fue un personaje muy importante, es un tema muy bonito e importante, qué bueno que escogieron ese tema. . ." Nos dice lo que ya sabemos pero ahora, además, nos recomienda que recorramos los lugares naturales "porque un individuo antes de escribir debe recrear el ambiente donde se movió su personaje": ruinas, el señor nos habla de ruinas, con un discurso pausado, con una cadencia triste, resignada y en ruinas: "quizá se acuerden de Juan Rulfo después de visitar esos lugares destruidos. . .", sentenció; y su discurso se diluye, se aparta y vuelve constantemente a un monólogo en primera persona en ruinas, afligida o como él dice, impotente, desgastada, resignada, agotada, se olvida incluso de Lozada, parece que le interesa más otra cosa, una extroversión, y nos habla de cómo el régimen de Nayarit no hace nada por recuperar una memoria, no se ocupa de ella, no tiene memoria, "es triste de verdad", en tono melancólico, quejumbroso y trágico prosigue su confesión: "Yo tengo en casa cajas y cajas de material que he juntado año tras año; toda una biblioteca, una mapoteca, una fototeca, una hemeroteca, que no quiero que se pudra en mis manos, verdad.. ." Cosas que él había ofrecido a mucha gente con tal de que se ocupara de ellas, según dijo, no a gente particular sino a instituciones, aclaró, "instituciones que le den una finalidad pública, yo quiero dejar esto para las generaciones jóvenes, a Nayarit, es la cultura de Nayarit,

y es también toda mi vida, veinticinco años de trabajo. . ." Hasta había rechazado dinero de la Universidad de Texas, porque por nada daría eso a gente de fuera.

Luego el profesor nos describió cómo esas cajas y archiveros de cartón se amontonaban en su casa sin dejarle siquiera espacio para escribir o a veces comer cómodamente. En una oportunidad decido preguntar intentando indagar que clase de documentos este señor guarda y valora con tanto ahínco (Pepe mirando siempre a otros sitios, con frialdad y serenidad, quizá un poco de escepticismo): "Dice usted que tiene periódicos ¿verdad?"; "Así es", respondió. "¿Viejos?", continué: "Huy sí viejos". Con incredulidad proseguí, "¿Tiene usted, por ejemplo. *El Amigo del Orden?*", "¡Claro que tengo *El Amigo del Orden!*, y tengo también. . . continuando con una lista de nombres que hizo que Pepe y yo nos miráramos a los ojos con asombro. . . "Vaya, me adelanto quizá erróneamente tratando de ir a lo directo, ¿podríamos consultar nosotros eso?", el profesor niega con la cabeza al tiempo que continúa con su queja de impotencia e imposibilidad. No entiendo su negativa ni menos su proceder, ¿por, qué nos dice todo ello si no nos permite o no le es posible mostrarnos nada?, ¿será que miente o exagera el profesor. . .? "No, todo está amontonado, todo" respondió, y su monólogo quizá entonces nos interesaba menos, pero continuó con él. Continuó relatándonos todo lo que él ha hecho para que alguien se ocupe de su colección y todo lo que le han respondido, cómo lo han rechazado, cómo inclusive le dijeron que se ha robado cosas. . . En una pausa aprovecho nuevamente y le pregunto si tuvo noticias de lo que le había pasado al archivo de un tal Melendres que acababa de morir. "¿Melendres?, huy, pero si ese es del siglo pasado, ¿quién les habló de él?" Respondimos que había sido el señor Gutiérrez Contreras; "No, él les mintió, ¿por qué les mentiría?,

los habrá visto chavales, verdes. . ." Resultaba que ese señor Melendres había muerto en 1957 y el profesor nos contó: "Sí, yo le compré un montón así de basura que yo reconstruí hoja por hoja, un montón así, miren. . ."

Caray, comencé a emocionarme (yo, pues Pepe rara vez se emociona de algo), ¿era posible?, ¿era verdad? Solamente faltaba ver cómo hacer para que el profesor nos dejara acceder a su archivo. Le explicamos cómo nosotros al finalizar la carrera tenemos que hacer un servicio social, quizá entonces pudiéramos limpiar y ordenar todo ese material. "Huy no, ¿y dónde lo ponemos?" Ciertamente, dónde lo pondríamos; ningún gobernador le ha querido dar durante veinticinco años ningún local, "nada, nada les importa" aseguró. "Tal vez, propuse, si habláramos con Florescano, un historiador que ahora es director del INAH . . ." pero el profesor respondió, "Mmmm no, eso del INAH y la carabina de Ambrosio es la misma cosa; ya fui yo también con los del INAH. . ."

Bueno, no dije más, aguardaría, aguardaría a ver qué quería decir el señor.

Este nos llevó a su casa y nos mostró su aspecto. Cajas amontonadas por todos lados, mezclados con juguetes de sus hijos, muebles y demás cosas. Era cierto. Nos mostró sus ficheros. "Sí, porque todo parece un desorden pero aquí están las fichas, en realidad todo está ordenado y registrado aquí, todo." Era cierto, un verdadero trabajo de hormiga. Nos mostró las fichas de los periódicos, desde el más antiguo de 1825 hasta lo más reciente que tenía clasificado, 1980. Nos mostró archiveros con folders de documentos y fichas de lo que él llamó la historia de los diputados de Tepic. "todos los diputados" aseveró, y pasó su mano a lo largo del cajón elocuentemente. En un folder distinguí "El Tigre de Alica", guardo silencio, reflexiono, después de un rato decido preguntar mostrando ingenuidad, "¿tiene algo

de Manuel Lozada?", y él responde, "hay todo lo que quieras saber sobre Lozada".

No supimos si esa respuesta fue sólo una manera de expresarse, de cualquier forma no lo comprobamos, salvo la visualización de un folder en un archivero con la sentencia "El tigre de Alica"; pero al fin lo dijo, pensamos, y sospeché entonces que el señor había querido dar largas antes de aclarar lo que evidentemente más nos interesaba, ¿por qué? . . .

Nos regresó al centro de la ciudad donde estaba nuestro hotel; al día siguiente pasaría a vernos si no se iba a Guadalajara; le dijimos el nombre del hotel y el número de cuarto, nos despedimos; entonces le dije que me daba un gusto inmenso descubrir que había gente trabajando así como él, "sí, pero, pa' qué sirve", reprochó. "Quién sabe, contesté, tal vez algún día se reconozca ese trabajo, no sé, aunque quizá es que estamos aún verdes y por eso somos optimistas"; "quién sabe" replicó. "De todos modos, continúe, es bueno que haya gente como usted que se preocupe y trabaje con tanta dedicación y amor, nosotros también nos preocupamos por estas cosas (insistí), es triste",. "Así es, pero hay que darle duro, ¿verdad muchachos?, concluyó, sólo así, esto necesita darle duro". . .

Ahora estamos en el cuarto de hotel. Pepe duerme, yo escribo bajo la sombra de la hélice del ventilador philips que recorre las paredes y se refleja en el espejo que tengo enfrente. Recuerdo lo que ha pasado, tengo esperanzas, también Pepe, y eso que él dice que yo me emociono de cualquier cosa, quién sabe, tal vez tiene razón, es difícil que las cosas salgan tan bien de repente, ¿será este el profesor al que se refirió Contreras? Pepe me dice que sí. "¿A poco no te diste cuenta luego luego, güey." "No" respondo, recordé entonces que el profesor Castillo algo nos relató en el sentido de que Salvador nunca le quiso ayudar sobre un dato que necesitaba, describiendo una

situación con Salvador Gutiérrez similar a la nuestra: "Nunca me metió a su biblioteca." Según Pepe, Gutiérrez debía conocer al profesor que se había quedado con las valiosas fuentes del señor Melendres, pero que por alguna razón lo hizo desaparecer, por lo mismo nos desanimó a venir a Tepic.

¿Será así todo como lo pensamos? Pepe no se inmuta, ahora incluso duerme. Entonces, ¿habrá posibilidades aún para nuestro estudio? Pepe y yo hemos especulado sobre lo que podríamos hacer en México para que alguien se ocupe del archivo del profesor, nos dijimos: "se le reconocería su trabajo, se crearía un archivo con su nombre y quizá nosotros podríamos así hasta estudiar a Lozada". Bueno, pura especulación, un buen final, tal vez somos soñadores pero en esta ocasión hasta Pepe lo fue, Florescano es nuestra esperanza. Quién sabe qué pase, ahora no puede hacerse nada, el presente tiene su ritmo propio, a ver qué sucede en México, a ver qué pasa mañana. . .

De verdad te extraño. P.

VII

Al día siguiente ya no vimos al señor Castillo, en la mañana salimos al encuentro de Carlos e Ivonne que venían a alcanzarnos para ayudarnos los últimos días en el ficheo, según habíamos convenido. Después de comer encontramos que en el museo regional del INAH había una biblioteca y fichamos su pequeño catalogo; como dijimos, ningún otro archivo encontramos (el Congreso no tenía archivos importantes para el siglo XIX ni hemerografía de la época).

Terminamos por irnos a la playa, a San Blas, que estaba, todavía en nuestro itinerario.

Allí no hay nada, sólo un pueblo que se nos ocurrió dedicado al turismo para gringos de escasos recursos, con aspecto de algo así como veteranos de guerra con tatuajes y todo. Con respecto a nuestro estudio, unas ruinas de un edificio en el puerto que porta un letrero corroído y donde apenas se lee "Aduana del Puerto de San Blas", Tomé fotos del edificio, con niños jugando en un columpio que estaba sostenido de una rama de árbol que ahora crece entre las paredes destruidas, entre las piedras y la hierba.

Nos hospedamos en un trailer parky corrimos a la playa, sin pensar ya en el trabajo, pero con la intuición silenciosa de algo que un simple tendero quizá ya sabía, en la esquina de un mercado con una caja y bolsas de plástico que contienen ropa íntima barata; con sus leyendas y su mitología barata, con su historia menos depurada y más

apegada a la anécdota vulgar, sin posibilidades de demostración alguna: en este caso no hay más "demostración" que las propias necesidades del discurso explica. Necesidades demasiado tangibles para él como para dudar de ellas, su sola presencia basta para "demostrar" ante sus ojos, esas reflexiones que le proporcionan una respuesta. Con la impresión, repito, de descubrir algo que sospecho él ya sabía, y es que algo con la historia parece estar mal, pero que, si no fuera por los historiadores, otro gallo nos cantara, La historia sería otra cosa.

Mil besos
P.

José Luis Paredes P.
Licenciatura de Historia, ENAH, 1983.